

CAPÍTULO 4

La arqueología de los nuevos universales: la construcción de los derechos humanos en la Guerra Fría y sus posteriores avatares

El giro de los abogados de prestigio en el Estado a la generación de los políticos tecnócratas que promueven los nuevos universales de la democracia liberal, tuvo lugar de manera simultánea en el Norte y en el Sur. Como hemos visto, la resultante dolarización de los conocimientos especializados ha variado sustancialmente, dependiendo del país y del conocimiento especializado de la profesión que se esté considerando. Los capítulos de esta parte estudian en mayor detalle la exportación de guerras por el poder del Norte hacia el Sur. Para ello analizamos la evolución del movimiento internacional de los derechos humanos, así como la economía neoliberal – las dos vertientes que se unieron para perfeccionar el Consenso de Washington y la “democracia liberal”–. Mirando hacia atrás, hacia la producción de este consenso impuesto alrededor de universales de línea estadounidense, en este capítulo rastreamos la genealogía del movimiento de los derechos humanos. Empezamos por hacer evidente la conexión de la estrategia de los derechos humanos con la Guerra Fría y con el establecimiento creador de la política exterior que dominó a los Estados Unidos en los años 50. En el capítulo siguiente pasamos al estudio de los desafíos impuestos a ese establecimiento por parte de la nueva generación de economistas. La reflexión sobre estos dos grupos rivales saca a la luz el grado de complejidad de lo que frecuentemente ha sido caracterizado como procesos imperiales monolíticos. Qué ha sido exportado –lo cual es discutido en los dos últimos capítulos de esta parte y en los subsiguientes del libro– es una cuestión que únicamente puede ser comprendida en relación con las batallas y los conflictos que tuvieron lugar en el campo de poder de los Estados Unidos.

Los padres fundadores de los grupos de derechos humanos al igual que los líderes de la filantropía de la posguerra pertenecieron a una pequeña élite cosmopolita de abogados de negocios –la versión estadounidense de los abogados de prestigio–, quienes conformaron el núcleo del establecimiento generador de la política exterior al cierre de la Segunda Guerra

Mundial. Esta proximidad social de los proponentes iniciales en favor de los derechos humanos y el grupo encargado de determinar la política exterior estadounidense no fue accidental. La relación cercana entre un gran número de instituciones paralelas provino del hecho de que todas ellas se encontraban orientadas hacia un mismo objetivo: una política exterior activa para defender el interés nacional entendido como la lucha en contra del comunismo. La lucha contra el comunismo justificó el liderazgo de esta particular élite cosmopolita en el período de la posguerra.¹ Su estrategia elitista fue completamente consistente con el segmento social que ellos pusieron en movimiento –justificándolo de esa manera– en la guerra en contra del comunismo. Además, el enfoque ideológico y la red de personas que ellos representaban sirvieron de base para la conformación de un grupo de notables aunados en nombre de la lucha en contra del comunismo. Ellos pudieron contar con sus homólogos –esto es, abogados de prestigio– de otras latitudes para trabajar con su ayuda y a su vez apoyar su estrategia elitista. El primer movimiento de los derechos humanos proviene justamente de esta alianza.

UNA CONTRAOFENSIVA EN EL TERRENO DE LOS PRINCIPIOS JURÍDICOS FUNDAMENTALES

Cualquier versión del movimiento internacional de los derechos humanos le concedería un lugar importante a la Comisión Internacional de Juristas, radicada en Ginebra y fundada al inicio de los años 50 (Korey 1998; Tolley 1994).² Esta entidad fue creada al inicio de la Guerra Fría por varios aboga-

¹ La Guerra Fría permitió al establecimiento generador de la política exterior superar la hostilidad entre “el primer tipo de nativismo estadounidense y el globalismo en pro de la interdependencia” (Silk y Silk 1980, 200). Como los Silk lo señalaron, “sobre todo, lo que existía era la amenaza comunista. La resistencia para con formas de ayuda más humanitarias tuvo lugar antes del argumento sagaz que fue diseñado para alejar a los rusos. Incluso, en varios escenarios ese fue el único argumento que funcionó” (200).

² Otro grupo destacado fue la Liga Internacional para los Derechos del Hombre (que vendría a ser la Liga Internacional para los Derechos Humanos en 1976), la cual fue conformada por Roger Baldwin, el primer presidente de la American Civil Liberties Union (Asociación Estadounidense para las Libertades Civiles, que comenzó en 1919). Baldwin tomó como modelo la entidad francesa Ligue Française pour la Defense de Droits de l’Homme et du Citoyen, constituida en respuesta al caso Dreyfus en 1902. La Liga Internacional se sirvió de líderes de la organización francesa que habían emigrado a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Eleanor Roosevelt hacía parte del proyecto junto con otros miembros notables. La membresía fue selecta y los miembros de la institución eran escogidos con base en una “red de viejos conocidos”. La Liga con base en Nueva York se convirtió en una instancia activa de los Estados Unidos y desde bien temprano se involucró en la causa de combatir el *apartheid* en Sudáfrica (Korey 1998, 99-104). Bajo la dirección de Jerome Shestak, la Liga, a lo largo de los años 70, creó vínculos cercanos con Andrei Sakharov, el líder de los soviéticos disidentes y ganador del Premio Nobel de la Paz en 1975. Parece que los soviéticos percibieron la Liga como una organización propia de la Guerra Fría, por lo cual pretendieron despojarla de su estatus de ente consultivo para las Naciones

dos estadounidenses de élite identificados con el Consejo de Relaciones Exteriores. La causa que los impulsó fue el deseo de erigir un contraataque a su organización rival, la Asociación Internacional de Juristas Democráticos (AIJD), que fue lanzada en 1946 por abogados franceses de izquierda que tenían nexos con la Resistencia. En el nombre de los principios jurídicos, la AIJD atacó abiertamente al macartismo y apoyó la defensa de los Rosenbergs.

Reconociendo la vulnerabilidad de los Estados Unidos, un pequeño grupo de abogados políticos –incluyendo a Allen Dulles, presidente del Consejo de Relaciones Exteriores y director delegado de la CIA, y a John J. McCloy, para entonces el alto comisionado para Alemania y tiempo después designado el “presidente del establecimiento” (Bird 1992)– decidió emprender la batalla en el terreno del derecho. De acuerdo con la explicación detallada de Tolley acerca del objeto de la Comisión Internacional de Juristas (CIJ), a este grupo lo asaltaba la preocupación de que las organizaciones prosoviéticas tales como la AIJD se habían “robado las grandes palabras –Paz, Libertad y Justicia–” (Tolley 1994, 29). El objetivo del contraataque estadounidense fue la creación de diversas organizaciones internacionales, financiadas mediante los fondos secretos de la CIA, las cuales, en palabras de Tolley, “llegarían a movilizar las fuerzas, en particular las jurídicas, del mundo libre para la defensa de nuestros principios jurídicos fundamentales, y en el desarrollo de esta causa, para organizar la lucha en contra de todo tipo de injusticia sistemática proveniente de los países comunistas” (34). La estrategia de este grupo de notables fue la siguiente, de acuerdo con su propia imagen abiertamente elitista: “los directores del FAJL [Fondo Americano para los Juristas Libres] apoyan el enfoque del Consejo de Relaciones Exteriores –la conformación de una élite altamente exclusiva, seleccionada y controlada por un reducido círculo cerrado” (Tolley 1994, 51).

Los directores de esta organización modelo (FAJL) pertenecían a la élite del gremio de abogados de Nueva York. La mayoría de ellos compartían un estatus exitoso como abogados de negocios, una reputación importante por su servicio a diferentes organizaciones cívicas al igual que fuertes convicciones anticomunistas. Caracterizados por un fuerte sentimiento según el cual “la nobleza obliga”, ellos movilizaron todo el establecimiento de abogados de prestigio y sus amigos en la defensa del mundo libre, de acuerdo con la misma lógica que los llevó a invertir esfuerzos en diferentes asuntos públicos locales; involucraron a sus homólogos del exterior –per-

Unidas a finales de los años 60 (Korey 1998, 87). El que la Liga haya contemplado afiliarse con la organización Freedom House a principios de la década de los 70 sugiere que si contaba con una orientación propia de la Guerra Fría (ver Wiseberg y Scoble 1977, 300). Al principio la Liga estuvo dividida sobre el asunto, pero luego asumió una postura en contra de las dictaduras de Chile y Paraguay en los años 70 (Wiseberg y Scoble 1977, 300).

sonas notables y a políticos abogados importantes— como si se tratara de sus aliados naturales. De acuerdo con Tolley, “el comité seleccionaba únicamente personas con un alto perfil y con una experiencia considerable en la vida pública: ministros de gabinete, parlamentarios o magistrados de las altas cortes. Un estatus social de élite daría entrada tanto a servidores públicos nacionales como a diferentes organizaciones internacionales” (1994, 36). Un beneficio adicional de esta estrategia es que “la multinacional CIJ llegaría a inspirar confianza por la eminencia de sus miembros” (55).³

En la cúspide de esta organización acentuadamente jerárquica, la CIJ representaba una suerte de alta corte internacional. Esta instancia re-frendaba las críticas realizadas por abogados que habían sido expulsados de países comunistas y rechazaba las aspiraciones de los nuevos regímenes comunistas de servirse de los principios universales fundamentales del derecho de Occidente. Estos enjuiciamientos eran utilizados por los medios de comunicación o difundidos a través de simpatizantes o adherentes en las seccionales nacionales.

Con el objeto de incrementar su credibilidad, la CIJ atrajo personas bastante conocidas de los mundos diplomático o académico para que se desempeñaran como secretarios generales. El grupo que ocupó este cargo incluye a personas como Norman S. Marsh, abogado y profesor de la Universidad de Oxford; Jean Flavien Lalive, un eminente jurista suizo que había desempeñado posiciones preeminentes en la Cruz Roja, las Naciones Unidas y la Corte de Justicia de la Haya; Sir Leslie Munro, embajador de Nueva Zelanda y presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas; y luego, en 1963, Sean McBride.

En varios sentidos McBride representó la culminación de esta estrategia de legitimación, al menos hasta su destitución en 1967, cuando la prensa reveló el soporte financiero secreto que la CIA daba a la CIJ. Es difícil imaginar un mejor perfil que este abogado y periodista, quien fue hijo de revolucionarios irlandeses, nacido en París y encarcelado varias veces por las autoridades británicas antes de convertirse en parlamentario y luego en ministro de relaciones exteriores. Como ministro de relaciones exteriores se convirtió en uno de los fundadores del Consejo de Europa y en signatario de la Convención Europea de Derechos Humanos. McBride también contaba con una capacidad de gestión considerable. Multiplicó las actividades de la CIJ al promover dentro de las Naciones Unidas la creación de

³ De forma consistente con esta estrategia elitista, el número de miembros de la CIJ se redujo a 25 y eran nombrados de forma vitalicia. Eran presentados entre ellos mismos, así como a otros que tuvieran un linaje semejante: “los líderes de opinión vinculados por la CIJ recibían publicaciones gratis, invitaciones para participar en congresos internacionales y oportunidades poco costosas para encontrarse con colegas de otros países ... los ‘grandes nombres’ que fueron involucrados en el proyecto le dieron estatus a la CIJ, así como a sus seccionales de cada país, confiriéndole estatus a las personas que lo integraban” (Tolley 1994, 66).

la oficina para el Alto Comisionado de los Derechos Humanos. Más aún, como se verá adelante, fue uno de los fundadores y luego uno de los líderes de Amnistía Internacional, la cual germinó en el seno de Justicia, una de las seccionales británicas de la CIJ.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA GRAN ALIANZA DE ÉLITES PROFESIONALES

La difusión pública en 1967 de la relación entre la CIA y la CIJ condujo a un período de profundo cuestionamiento de dicha relación. No obstante, desde la perspectiva de los años 50 y 60, tal relación parecía ser bastante natural. En realidad existía poca diferencia entre la Fundación Ford, la CIA, el Departamento de Estado e incluso las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos, en términos de su enfoque en relación con la Guerra Fría. La estrategia de los derechos humanos observada en la CIJ fue entonces sólo una pequeña parte de un esfuerzo conjunto liderado por el establecimiento generador de la política exterior.⁴ El Consejo de Relaciones Exteriores estableció una especie de “gabinete en la sombra” (Shoup y Minter 1977) en donde una élite reducida de profesionales podía ser determinada, incluyendo a McCloy, Allen y John Foster Dulles, Eugene Black, Paul Hoffman y otros.⁵ Este grupo también incluía a un racimo de economistas como Richard Bissell, Max Millikan y David Bell.⁶ Aun cuando éstos

⁴ Mientras el derecho, en este contexto, servía a los intereses de la Guerra Fría, las historias más generales de la Guerra Fría durante los años 50 y 60 no percibieron estas estrategias ni siquiera como dignas de mencionar (*v. gr.*, Gaddis 1997; Walker 1993). De hecho, el derecho internacional estaba bastante desprestigiado en los años 50, ya que se consideraba como un instrumento inapropiado para el realismo duro que se requería para afrontar la Guerra Fría (enfoque que era promovido por académicos y actores tales como George Kennen, Hans Morgenthau, Arthur Schlesinger y Reinhold Niebuhr). La ciencia política también dejó de considerar el derecho internacional de forma seria, como doctrina académica. Asimismo el derecho internacional en las facultades de derecho ocupaba una posición marginal en el campo de las relaciones internacionales y era dominado por inmigrantes recién llegados de Europa. Los abogados fueron importantes en la lucha en contra del comunismo, pero los conocimientos especializados de tipo técnico no se constituyeron en un factor clave para sus acciones. Hoy día, la situación ha cambiado.

⁵ Eugene Black dejó el Chase Manhattan para convertirse en la cabeza del Banco Mundial en 1949, sucediendo en su cargo a McCloy. Paul Hoffman fue presidente de la entidad Studebaker, consejero de la Universidad de Chicago, uno de los fundadores del Comité para el Desarrollo Económico –el cual ayudó a generar respaldo en las empresas para el internacionalismo de la posguerra (incluyendo el comercio libre) (Silk y Silk 1980, 246)–, el administrador del Plan Marshall y el presidente de la Fundación Ford a principios de los años 50.

⁶ Walt Rostow recuerda a la década de los años 50 como un tiempo en donde la academia y las fundaciones empezaron gradualmente a ponerle énfasis en el tema del desarrollo. Citando su propio libro realizado junto con Max Millikan (1957), sostuvo que “éramos testarudos y pacientes, capoteando una serie de fracasos y reveses, promoviendo la causa por una ayuda mucho más decidida en materia de desarrollo año tras año desde 1953 hasta la adopción total de la misma por parte del presidente Kennedy en 1961” (1984, 242). Richard Bissell pasó de Groton a Yale (graduándose allí en 1932), luego al London School of Economics y después regresó a Yale para

eran economistas consolidados por tener conocimientos especializados que por entonces estaban ganando importancia, también habían sido firmemente encauzados en el establecimiento a través de una red compleja de relaciones personales.⁷

Las personas clave del establecimiento creador de la política internacional habían servido a la causa de la guerra inspirados en la idea según la cual “la nobleza obliga”, antes de seguir carreras duales al desempeñarse tanto en política como en negocios.⁸ Como sostén de sus objetivos estratégicos, lograron apoyarse en la red total de instituciones dirigidas al manejo de asuntos internacionales. Éstas, después de todo, eran instituciones que ellos habían ayudado a crear (el Banco Mundial, la CIA, Usaid) o que controlaban (v. gr., la Ford, Rockefeller o las fundaciones Carnegie).⁹

realizar un doctorado, y luego ocupar una posición como profesor. Luego de ser el primer profesor en Yale que dictaba una economía de corte keynesiano, en donde inspiró a personas como Rostow y Millikan, dejó su cargo para unirse a la causa de la guerra en Washington. Luego formó parte del MIT y después se convirtió en el asistente principal del ministro delegado para el Plan Marshall. En 1952 se vinculó a la Fundación Ford, y estando allí se volvió integrante del “grupo de consultores de Princeton” de la CIA (Bissell 1996, 75). Entonces empezó a formar parte de la CIA en 1954, en donde se volvió famoso por dirigir operaciones secretas, incluyendo la de Bahía Cochinos. Se dice que Max Millikan, quien también se convirtió en economista debido a la influencia de Richard Bissell en Yale, fue el gestor de la idea de conformar la Agencia para el Desarrollo Internacional (Usaid) (Smith 1994, 222). David Bell estudió economía en Harvard justo antes de la Segunda Guerra Mundial, se enlistó en las filas y luego volvió para formar parte del Gobierno y del mundo de la academia, empezando a enseñar en Harvard en 1957. Posteriormente dirigió la oficina de presupuesto del Gobierno de Kennedy y luego se vinculó a Usaid. De allí pasó a la Fundación Ford, en donde se desempeñó como delegado de McGeorge Bundy.

⁷ Rostow, autor de *Las fases del crecimiento económico: un manifiesto anticomunista* (1960) y luego miembro de los intelectuales de confianza de Kennedy, enseñó en MIT de 1950 a 1961, formando también parte del Centro de Estudios Internacionales. Estrechamente vinculado por intermedio de sus estudiantes de pregrado con otras personas que hacían parte del grupo de intelectuales de confianza mencionado, Rostow en cierto momento propuso que fueran divididas las competencias propias de la política internacional de la década de los años 50, describiendo así el trabajo que le correspondería a su Centro ubicado en MIT: “decidimos concentrar nuestros esfuerzos en dos áreas: el estudio de las sociedades comunistas y el estudio sobre problemas de desarrollo económico, social y político. La primer área vendría a ser patrocinada por el Gobierno federal [específicamente, como fue anotado en una cita al pie de página, por la CIA]; la segunda sería financiada por fondos privados, sobre todo los de la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller” (Rostow 1984, 241).

⁸ No pueden ser ignoradas las firmas internacionales de abogados, las cuales facilitaron una base para varios de los protagonistas. George Ball fundó la oficina de Cleary Gottlieb en París en 1949: “mediante su trabajo como abogado, Ball comenzó a entablar lazos personales y profesionales con Europa mucho antes de que asumiera su posición influyente en el Gobierno de los Estados Unidos” (Bill 1997, 102). Su “trayectoria en el derecho le abrió la posibilidad de reforzar los cimientos de la vieja asociación que había mantenido con Jean Monnet, para así llegar a ser más activo en la causa de la integración europea”. A través de Monnet, con quien él continuó trabajando de cerca, Ball y Cleary Gottlieb también empezaron a representar a la Comunidad Europea del Acero y el Carbón, y posteriormente a la Comunidad Europea luego del Tratado de Roma en 1957. De este modo, Ball trabajó de múltiples modos con las élites europeas en nombre de los objetivos estadounidenses del libre mercado y la integración europea.

⁹ El clima de consenso entre los notables, que facilitó esta división de tareas, se encuentra bien ilustrado por los movimientos de personal. Por ejemplo, David Rockefeller, el presidente del

Esta “guerra fría cultural” recientemente narrada por Frances Stonor Saunders, “se sirvió de una red extensa y altamente influyente de personal de inteligencia, estrategias políticos, el establecimiento empresarial y de los viejos nexos académicos de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos ... para construir un ‘consorcio’ cuyo doble objetivo era inocular al mundo en contra del contagio del comunismo y allanar el paso en favor de los intereses de la política exterior estadounidense en el exterior” (1999, 1-2). La estrategia de una contención cultural fue puesta en práctica de una manera sistemática e incluso exuberante. La tarea fue dividida entre diversas entidades (instituciones internacionales, fundaciones privadas y agencias del Estado como la CIA) que eran controladas por la pequeña élite del establecimiento generador de la política exterior. Estas entidades también buscaron mantener la apariencia de una mínima autonomía institucional esencial para conservar una cierta credibilidad, o al menos, con respecto a la CIJ, una apariencia de ser una entidad independiente (ver Berman 1983, 61). Las fundaciones privadas ocuparon un lugar central en esta división de competencias. Ellas lograron asegurar una íntima relación con el mundo académico. De hecho, desde el comienzo del pasado siglo, las fundaciones habían sido el instrumento básico para la concepción y la promoción de cambios o reformas políticas dentro del establecimiento liberal (Bremner 1988; Howe 1982; Silk y Silk 1980).

Esta estrategia se centró inicialmente en las regiones que habían permanecido más expuestas a la amenaza comunista, en particular Europa y Asia, pero muy pronto se extendió a la mayoría del globo.¹⁰ Luego de que Fidel Castro llegó al poder, Latinoamérica se volvió una prioridad. Si bien ahora esgrimido bajo la bandera del “desarrollo”, sistematizado y convertido en política oficial por el presidente Kennedy con la Alianza para el Progreso, el objetivo básico continuó siendo una política de contención. Como fue señalado por Peter Smith, “Faltaba un minuto para la media noche ...

Consejo de Relaciones Exteriores, le propuso a su amigo Allen Dulles que se convirtiera en presidente de la Fundación Ford si renunciaba a sus pretensiones de ser el director de la CIA (Grose 1994, 336). Por su parte, Richard Bissell dejó la Fundación Ford para formar parte del área de operaciones secretas de la CIA, y Dean Rusk pasó de la dirigencia de la Fundación Rockefeller a convertirse en el secretario de Estado de Kennedy. David Rockefeller también fue diligente durante la década de los años 50 y 60 en la constitución y desarrollo de la Conferencia de Bilderberg, contando para ello con la ayuda de varios líderes europeos y estadounidenses, especialmente con el respaldo de George Ball.

¹⁰ Resulta interesante cotejar este enfoque con los esfuerzos orientados para promover la integración europea. Según Bill, “mientras que trabajaba junto con Jean Monnet en la campaña prolongada para el libre comercio y la integración europea, George Ball desarrolló otra serie de tácticas que le funcionarían bastante bien en otros contextos políticos. Primero que todo, construyó una red amplia de contactos personales. Los nodos de esta red estaban constituidos por almas gemelas en materia de política, quienes también se convirtieron en sus amigos cercanos. Segundo, Ball considera que la consecución de su objetivo político fue el precedente de su avance personal en política así como de su reconocimiento público. Como Monnet, Ball comprendió que la política de bajo perfil usualmente era el modo más efectivo de hacer política” (Bill 1997, 131-132).

Latinoamérica estaba al borde de una revolución masiva ... una reforma gradual suministraría el antídoto para la revolución radical” (Smith 1996, 144-46). La táctica en Latinoamérica consistió en adelantar la política “amigos de América” y la exportación del conocimiento estadounidense, en particular, pero no únicamente, en economía. Estos esfuerzos se orientaron a la construcción de una nueva tecnocracia del desarrollo capaz de ser competente y reformista a la vez y que pudiera evitar la polarización del campo político entre ultraconservadores de derecha e izquierdistas radicalizados que actuaran como revolucionarios.

El perfil social, las trayectorias profesionales y las tendencias políticas de los “intelectuales en acción” de Kennedy provenientes de Cambridge (Tanzer 1961) sugieren una continuidad con la instancia ya analizada del establecimiento creador de la política exterior. Existían numerosas conexiones personales con la generación anterior del Consejo de Relaciones Exteriores. El ejemplo más obvio es McGeorge Bundy, el principal organizador del grupo élite de Kennedy y posteriormente consejero del presidente para asuntos exteriores (Bird 1998). Bundy fue descendiente directo de una familia de raigambre protestante, tradicional y prestigiosa del Este, graduado de Yale y yerno del decano Acheson, uno de los famosos “sabios” del establecimiento generador de la política exterior.¹¹ La carrera cosmopolita de Bundy también incluía su desempeño como decano bastante joven de la Facultad de Ciencias y Artes de Harvard, consejero de Relaciones Internacionales, consejero de Seguridad Nacional y finalmente líder de la Fundación Ford, la cual dirigió desde 1967 hasta 1979 (además salvó a la CIJ cuando dejó de recibir fondos de la CIA).

Esta sucesión de personas y objetivos en la estrategia de contención cultural de la Guerra Fría no obstaculizó la generación de ajustes pragmáticos en las orientaciones tácticas. De hecho, el éxito de esta inversión en capital humano, por definición, implicaba una cierta flexibilidad y pragmatismo necesarios para ajustar las consecutivas redefiniciones de las relaciones sociales. La presencia del pragmatismo también fue dictaminada por el hecho de que la estrategia consistía más en acompañar que en liderar cambios en las relaciones sociales. La selección de un cuadro de nuevas élites gobernantes se constituyó en un arte de lo posible en donde los objetivos tenían que ser modificados en función del juego impulsado por las posiciones locales o por las posibilidades ofrecidas por coyunturas políticas particulares.¹²

¹¹ El padre de McGeorge Bundy fue un abogado prestigioso que ayudó a Henry Stimson (asimismo fue el auxiliar judicial de Oliver Wendell Holmes). Su hermano William se graduó como abogado de Harvard, y McGeorge, aun cuando no fue abogado graduado, se encontraba lo suficientemente cercano al derecho como para que el magistrado Frankfurter le ofreciera ser su auxiliar en la Corte Suprema (Bird 1998, 100).

¹² De acuerdo con un ex funcionario de la Fundación Ford, las ayudas financieras en la década de

El clientelismo y el elitismo evidentes en la estrategia de los Estados Unidos para la Guerra Fría obedecieron no sólo a las relaciones internacionales, sino también a la estructura y a las actitudes sociales más generales que tuvieron lugar luego de la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos y en otras partes. La denuncia del establecimiento generador de políticas exteriores como una conspiración de élites es en general un fenómeno más reciente, producto de desafíos igualitarios que se presentaron más tarde y que se exacerbaron con las contradicciones de una élite que pretendía ser meritocrática: los mejores y los más brillantes. En el escenario que va desde los 40 hasta los 60, no obstante, la idea de una gran alianza de élites fue algo que probablemente fue aceptado por los observadores más como una cuestión de hecho.

En todo caso, no es necesario formular la tesis de que existió una conspiración para hallarle sentido a los puntos de convergencia que se dieron dentro de los Estados Unidos, así como entre Estados Unidos, Europa y otras partes. En los Estados Unidos esta convergencia fue el producto de un enfoque sobre el mundo inculcado mediante una trayectoria de vida que comienza en las escuelas de educación secundaria y que, con los cimientos de instituciones como Yale o Harvard a lo largo del camino, conduce a Washington o a Wall Street. Al mismo tiempo, este patrón fue lo suficientemente abierto como para garantizar un cierto grado de diversidad y flexibilidad (Barnet 1972, Bill 1997, Bird 1992, 1998, Bissell 1996, Grose 1994, Isaacson y Thomas 1986). En los países europeos, ciertos procesos sociales similares aseguraron que una pequeña élite cosmopolita preservara virtualmente un monopolio sobre las prácticas y las relaciones internacionales. Dentro de esta élite, las dinámicas determinantes de reproducción se encontraban atadas al sistema de notables y de jóvenes aprendices prestigiosos, quienes iniciaban sus carreras como principiantes en posiciones cosmopolitas. Las conexiones familiares permitieron que dichos jóvenes aprendices, desde un comienzo, proporcionaran sus servicios a las personas notables, conexiones que ayudaban a amasar –generalmente tiempo más tarde– el capital internacional de la siguiente generación de dichas personas notables.

los años 50 se hallaban “fuertemente influenciadas por la Guerra Fría ... el papel de la Fundación Ford en gran medida fue darle solidez a los gobiernos, facilitándoles la asistencia técnica, el entrenamiento requerido y cosas por el estilo. Así, los ministros que estaban preocupados por el tópico del desarrollo ... pudieron desempeñar mejor su trabajo”. Varias de las ayudas financieras se destinaron a las instituciones estatales. Según otro ex funcionario, el giro gradual se orientó más hacia un modelo “Rockefeller” de “construcción de activos en recursos humanos con los cuales poder trabajar”, “tratando así de trabajar y fomentar esa comunidad de personas”.

APOTEOSIS Y CRISIS DEL MODELO DE LOS NOTABLES

La década de los 60 fue testigo de la culminación del modelo estratégico de las personas notables propio de la Guerra Fría, así como del comienzo de un serio cuestionamiento a este enfoque. El presidente Kennedy, aun cuando no pertenecía al Consejo de Relaciones Exteriores, se rodeó de personas que constituían un claro producto del establecimiento del Este Norteamericano. Él se preocupó por cultivar la imagen de un gobierno inteligente, el mejor y el más brillante. Asimismo, adoptó la estrategia que ya había sido aplicada por “los sabios”, que implicaba de manera simultánea la zanahoria y el garrote. La Alianza para el Progreso expandió e hizo oficial el objetivo que hasta entonces había sido asignado a las fundaciones filantrópicas: la construcción de una alianza de élites profesionales al servicio de una política para la modernización, la cual fue interpretada por Rostow como un antídoto para el comunismo (Rostow 1960). Mientras todos estaban a la espera de que este “intento estadounidense de elevada erudición para hacer amigos –en el sentido estrictamente literal de crearlos primero–” (Smith 1996, 153) rindiera sus frutos, la CIA y sus escenarios satélite fueron empleados para acosar a todos los movimientos de izquierda que estaban bajo sospecha de ser simpatizantes de Castro.¹³

Después del asesinato de Kennedy esta doble estrategia se inclinó hacia el lado de la represión, asistida por el hecho de que la política de modernización o bien se estaba desgastando o bien tocando el borde de sus límites. La segunda mitad de esta década se vio entonces marcada por un incremento en las contradicciones inherentes a esta estrategia hegemónica. La intervención en Vietnam únicamente ayudó a exacerbar estas dificultades, al destruir los reductos de consenso que aún existían en el seno del establecimiento liberal –un consenso que era fundamental para la división de tareas, opuestas y complementarias a la vez, lo cual constituía la base en la que reposaba la estrategia de imperio.¹⁴

También se dio un acentuado conflicto al interior del sistema, que provino de los jóvenes aprendices prestigiados y de la generación que ellos representaban. Ellos siempre fueron bastante conscientes del doble juego

¹³ Kalman Silvert, quien a principios de los años 60 fue el asesor en ciencias sociales para Latinoamérica de la Fundación Ford, escribió en un libro de ensayos sobre la Alianza para el Progreso: “Estados Unidos está aceptando su responsabilidad como miembro de las comunidades democráticas desarrolladas, mediante sus intentos de respaldar un proceso de modernización que no acarreará el mismo costo humano que demanda la solución revolucionaria marxista. En esta tarea no le faltarán personas en Latinoamérica que deseen convertirse en sus aliados; asimismo, los Estados Unidos deben aprender quiénes son en realidad sus colegas en espíritu, cómo reconocerlos, saber en dónde están y qué tipo de cosas se les debe ofrecer para que se constituyan en una mejor ayuda” (Manger 1963, 103).

¹⁴ La división dentro del Partido Demócrata por causa de la Guerra del Vietnam en 1968 fue una manifestación significativa de la crisis.

de sus predecesores, así como de los límites de la ideología meritocrática que formaba parte de su propia identidad. Las tensiones se dieron sobre todo en las instituciones encargadas de arrastrar el conflicto al terreno de las ideas, justamente porque ellas estaban situadas en la posición donde el campo del poder se encuentra con el del conocimiento. Este espacio de articulación era crucial para la producción de una legitimidad política, la cual estaba en juego en este proceso de reestructuración. De hecho, resultó ser extraordinario el modo como la concatenación de estas crisis afectó estos mecanismos. Ello incluye la revelación en 1967 de la financiación de la Comisión Internacional de Juristas por parte de la CIA. También desde 1965 hasta 1969 se presentaron en el Congreso de Estados Unidos diversas críticas e investigaciones –lideradas por el populista Wright Patman– a las fundaciones filantrópicas, las cuales se centraban en su posición económica privilegiada, así como en el entorno de secreto y confidencialidad que rodeaba a sus actividades (Nielsen 1985, 26).¹⁵

La política de invertir esfuerzos y recursos en la academia, que le concedió al establecimiento del Este Norteamericano su principal fuente de legitimidad, contribuyó también para levantar dudas sobre la homogeneidad social y el consenso implícito que le proporcionaba su fuerza. Una vez las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos lograron obtener más autonomía (en términos relativos) y ampliaron sus criterios de aceptación de estudiantes (*v. gr.*, Freeland 1992), abrieron las puertas de las redes del establecimiento para acoger nuevos perfiles, esta vez menos dispuestos a aceptar la jerarquía y la ortodoxia prevalecientes (*ver* Jencks y Riesman 1968). A diferencia de la generación precedente de los así llamados sabios, los recién llegados en general no habían estudiado en los colegios de Groton, Lawrence, St. Paul, Andover o Exeter. Ellos carecían de los antecedentes comunes que permitieron a la anterior generación, desde muy temprano, adquirir los hábitos sociales que a su vez determinaban las opciones estratégicas en que se basaba su visión política.¹⁶

¹⁵ Incluso una organización como Amnistía Internacional, que había tomado alguna distancia frente a la estrategia elitista y de partido propia de la Guerra Fría, no escapó a este tipo de contradicciones. Así, experimentó una grave crisis en 1966-1967, que desencadenó una ruptura entre sus fundadores.

¹⁶ Los “intelectuales en acción” de esta nueva generación fueron ejemplificados por personas como Richard Barnett y Marcus Raskin. Ambos eran abogados. Raskin, quien “difícilmente contaba con cualquiera de las acreditaciones que el establecimiento usualmente esperaba que un miembro del CNS [Consejo Nacional de Seguridad] tuviera” (Bird 1998, 187), de hecho fue empleado por McGeorge Bundy ante la insistencia de David Riesman en 1961. Raskin, quien para ese entonces tenía 26 años, había trabajado para varios congresistas promoviendo una agenda liberal. En el equipo de Bundy, él se constituyó en un crítico visible del escalamiento paulatino de la Guerra Fría, dejando la institución en 1962 y conformando el Instituto de Estudios Políticos con Richard Barnett (Bird 1998, 219). Muy pronto esta entidad se convirtió en uno de los principales centros de intelectuales de una nueva izquierda que se había radicalizado como respuesta en contra de la Guerra del Vietnam (Smith 1991, 159).

En cuanto el recorrido que iba de las universidades más prestigiosas estadounidenses a Wall Street o a Washington D.C. devino más saturado, la nueva generación tuvo que abrir nuevos espacios de práctica profesional. Un conjunto de oportunidades surgió de la expansión de áreas tales como la asistencia para el desarrollo, incluyendo también los Cuerpos de Paz y aquellos programas que fueron lanzados bajo la égida de la Alianza para el Progreso a inicios de los años 60. Otro conjunto de oportunidades estaba ligado a los diversos proyectos de integración social que vendrían a ser asociados con la Gran Sociedad de Lyndon Johnson (Smith 1991, 149-150). En el ámbito del ejercicio profesional del derecho, la guerra en contra de la pobreza impulsó a muchos jóvenes idealistas a trabajar en los programas de servicios jurídicos a favor de los pobres, y del mismo modo varios abogados se vieron comprometidos de una forma más agresiva con el Lawyers Committee for Human Rights (Comité de Abogados para los Derechos Humanos), con el objeto de promover el movimiento por los derechos civiles en 1963. Este proceso en el que se fomentaron éste y otros programas relacionados permitió que bastantes profesionales se identificaran mucho más con grupos sociales dominados, y asimismo los condujo hacia una mayor conciencia de los límites y las contradicciones de la estrategia política hegemónica.

El compromiso de los recién llegados con una suerte de idealismo, no obstante, se chocó frecuentemente con un obstáculo doble. El obstáculo comprendía tanto sus aspiraciones en sus carreras personales como los proyectos políticos a los que habían dedicado tanto esfuerzo, así esas aspiraciones y proyectos estuvieran orientados a modernizar el Tercer Mundo o a acelerar la integración social de los habitantes de *ghettos* urbanos en la sociedad estadounidense. Sabiendo que el progreso social no siempre coincidía con el desarrollo económico, con frecuencia se sintieron como las marionetas de una ideología meritocrática y tecnócrata transmitida a ellos por los intelectuales en acción que trabajaron para las administraciones de Kennedy y Johnson. La rebelión de estas nuevas generaciones en los 60 –incluyendo a los relativamente nuevos recién llegados y a algunos que se convirtieron en sus mentores– fue entonces el producto del sentimiento de que habían sido engañados.¹⁷

¹⁷ En ese entonces, la oposición a la Guerra del Vietnam fue concebida como el origen de la radicalización y de la posición rebelde de varias universidades. Con una mirada retrospectiva se puede apreciar que la Comisión Trilateral –conformada en 1972– explicó la crisis de los años 60 como el producto de los “excesos” de “una década de una oleada democrática y de una reafirmación de un igualitarismo democrático”. Así, la apertura relativa de la década de los 60 fue asumida como la fuente del problema. Según esta perspectiva, los excesos democráticos amenazaban “la gobernabilidad de las democracias” (Huntington, citado por Sklar, 1980, 36).

PROFESIONALIZACIÓN Y POLITIZACIÓN DE LA FILANTROPÍA

Al mismo tiempo que el edificio de la hegemonía estadounidense estaba siendo confrontado, el monopolio del establecimiento del Este Norteamericano fue cuestionado. Este estremecimiento se tradujo en cambios en las instituciones y en las organizaciones, los cuales se encuentran en la raíz tanto de la profesionalización como de la autonomía progresiva de las áreas de los derechos humanos y la práctica filantrópica.

La profesionalización surgió en parte de los progresivos escrutinios públicos a los que estaban siendo sometidas las fundaciones en la década de los años 60. Nielsen (1985, 29-36) afirma que las críticas provenientes del Congreso surtieron un efecto saludable al forzar la renovación del sector. Los desafíos hicieron que las fundaciones abrieran sus opciones y decisiones estratégicas al debate público y con ello se impulsaron de forma considerable las actividades de reforma. Las sospechas que habían surgido como resultado de este proceso –particularmente sobre un sistema de administración casi secreto– tenían que ser afrontadas, y una consecuencia fue que el universo de las fundaciones tuvo que reorganizarse y reflexionar sobre su papel. Entre los muchos ejemplos que se pueden citar de este proceso cabe destacar que las fundaciones crearon un centro de información y revitalizaron el Consejo de Fundaciones. El medio de difusión del Consejo, llamado *The Foundation News*, se convirtió en una publicación más profesional. De igual forma, la sistematización de la selección de un “personal profesional” condujo a un “surgimiento gradual de una comunidad filantrópica operante e interactiva” (Nielsen 1985, 32).

Una de las razones para que se diera un escrutinio mayor a las fundaciones fue que muchas de ellas habían asumido una postura más activista en los 60. La Fundación Ford se constituyó como la instancia guía de la profesionalización del activismo en cuestiones sociales y raciales. Particularmente bajo el liderazgo acentuadamente reformista de McGeorge Bundy, que comenzó en 1966 (Bird 1998, 376-395), la fundación se concentró fuertemente en la lucha contra la pobreza, la promoción del desarrollo comunitario y la protección de los derechos de las minorías, creando en ese esfuerzo el centro de servicios legales y luego el centro para la defensa de los intereses colectivos.¹⁸ La función de todos estos frentes fue apoyar y financiar las

¹⁸ La Fundación Ford recurrió a una nueva generación de sociólogos a finales de los años 50 como parte del impulso dado a este movimiento (O'Connor 1996). Respecto al papel de las fundaciones de brindar ayuda financiera para la promoción jurídica de causas sociales, el Consejo para el Derecho de los Intereses Colectivos (Council for Public Interest Law), impulsado inicialmente por la Fundación Ford, inspeccionó 86 programas de “derecho de los intereses colectivos” en 1975, de los cuales el 70% habían sido establecidos entre 1969 y 1974 (incluyendo el Consejo para la Defensa de los Recursos Naturales, el Fondo para la Defensa del Medio Ambiente y el Centro de

actividades emprendidas por jóvenes reformistas que habían sido marcados por el idealismo evidente en ese entonces en las universidades.¹⁹ La estrategia paralela de las fundaciones en el sector internacional incluía una reorientación de sus cometidos, desde programas generales que respaldaban universidades extranjeras, hasta la creación de centros de investigación que escudaban a intelectuales de izquierda de la amenaza de regímenes militares latinoamericanos.²⁰ Este cambio de rumbo estratégico llevó a que las fundaciones gradualmente empezaran a dar un apoyo activo a los movimientos de derechos humanos creados para defender a las víctimas del terrorismo de Estado.²¹

Derecho y Política Social). De los aproximadamente 61 millones de dólares ofrecidos por las fundaciones a estos grupos en el periodo 1969-1975, la Fundación Ford era responsable de más de la mitad (Council for Public Interest Law 1976, 85, D-15, D-16). Los 86 centros le dieron empleo a 589 abogados pagos en 1975 (1976, 82).

¹⁹ En la tarea de describir a las dos generaciones de la Fundación Ford, la generación de la década de los 50 y principios de los 60 fue descrita por un ex funcionario como preocupada por “la economía y el desarrollo tal y como un economista lo concibe”. En cambio, “varias de las personas de la nueva generación habían tenido experiencias en los Cuerpos de Paz y no eran economistas en su totalidad. Su formación educativa en algunos casos había sido el derecho y en otros casos las ciencias sociales diferentes a la economía. Además, estas personas estaban mucho más dispuestas a orientarse hacia el escenario de la justicia social”.

²⁰ Una de las personas que formó parte de la transformación manifestó que, antes de la mitad de la década de los 60, la Fundación Ford en el Brasil “había trabajado con anterioridad en temas de ciencias naturales, en economía y en agricultura. Pero, jamás había trabajado en ciencia política, sociología política, antropología social ... [Parece que] en efecto la Fundación Ford se estaba centrando en el desarrollo como si se tratara de una suerte de ciencia tecnológica o modelo económico ... lo que se requería ... eran acercamientos políticos y sociales, e incluso posiblemente antropológicos ... estas ideas no necesariamente fueron ampliamente aceptadas al interior de la Fundación Ford ... yo empecé a darme cuenta de ciertos debates que se estaban suscitando al interior de las disciplinas en los Estados Unidos ... la cuestión no era sólo de transferir completamente este tipo de disciplinas ... así me fui haciendo consciente de la importancia de tener una suerte de pluralismo en las ideas”. “Todos empezaron a darse cuenta que estábamos interesados en la Ford más allá de un enfoque ... meramente tecnocrático. O más que un simple enfoque funcionalista frente a la ciencia política”. La financiación de los centros de investigación evitó que varios investigadores salieran al exilio. Fernando Henrique Cardoso empleó la ayuda financiera de la Fundación Ford para construir “un espacio político suficiente” para un “centro de investigaciones sociales independiente”, a saber, el Cebrap.

²¹ El respaldo para con los derechos humanos provino de lo que un exfuncionario de la Fundación Ford describió como “una transición natural, usted sabe, antes de la crisis ... [estábamos] protegiendo nuestras inversiones, las pasadas inversiones”. Además, “lográbamos facilitar medios para identificar y formar al menos a algunas personas jóvenes que de otra manera se hubieran perdido en las ciencias sociales de ese entonces. Sabíamos que estábamos formando un grupo de futuros líderes”. Como fue expuesto en el capítulo 3 con referencia a Chile, el respaldo para centros independientes se desplazó hacia las organizaciones de derechos humanos, las cuales contaban con enfoques análogos y vinculados a los de tales centros. Como otro exfuncionario lo señaló, los beneficiarios iniciales en la mitad de la década de los 60 fueron “la mayoría de las élites académicas. Nosotros ayudábamos a aquellos cuya vida se encontrara bajo amenaza o que tuvieran que acudir al exilio o cosas por el estilo. Así, en cierto sentido, ésta era la orientación de los derechos humanos o al menos esa era la influencia que se mostraba en ese tipo de actividades. Empezamos entonces a ampliar esta visión en el contexto brasileño y luego nos encauzamos directamente a la ayuda de diversos grupos que vendrían a ser denominados como los grupos de derechos humanos en el período chileno posterior a 1973”.

Estas nuevas orientaciones, que fueron insertadas a la estrategia del establecimiento generador de la política exterior denominada “creando amigos de los Estados Unidos”, condujeron a que la Fundación Ford operara de un modo bastante distinto a como lo había hecho en los años 50. En Latinoamérica, especialmente, la Fundación Ford en los 70 empezó a mostrarse como el oponente, e incluso el antídoto del otro pilar panamericano, la CIA.²² Paradójicamente estas iniciativas, que alejaron a la fundación de la estrategia de la CIA, se encontraban protegidas por la autoridad que representaba McGeorge Bundy, quien era a su vez la personificación perfecta del establecimiento que conformó el consenso de la Guerra Fría.²³ La combinación en su perfil de capital académico y social, y de habilidad política le permitió que la Fundación dejara de apoyar regímenes autoritarios asociados con ideales anticomunistas.

La división más rígida y conflictiva de las tareas entre las diversas instituciones en este período hizo que el manejo de este tipo de políticas resultara ser más delicado. Así, en 1969 –cuando la oficina satélite de la Fundación Ford en Brasil sugirió financiar un centro de investigaciones al que Fernando Henrique Cardoso estaría vinculado–, la cabeza de la Usaid en Brasil le advirtió a uno de los funcionarios de la Fundación Ford que recomendar dicha financiación sería algo “malo para su carrera” y que por lo tanto debía “desistir”. De acuerdo con una de las personas vinculadas a la Fundación Ford para ese entonces, un oficial de la CIA visitó por esos días la Fundación para tratar de probarles que Cardoso era un “izquierdista”. No obstante, la Fundación Ford desembolsó la ayuda financiera. En Chile, donde la Fundación Ford, según lo dicho por uno de sus funcionarios, “había decidido tomar en serio el compromiso insistente de Allende para llevar a cabo una transición legal democrática hacia el socialismo”, se dio una clara ruptura respecto a la política exterior estadounidense. Y eso significaba que no existía mucha fraternidad –por decir lo menos– entre la embajada de los Estados Unidos y la Fundación Ford. Luego del golpe mi-

²² La crítica de James Gardner sobre la línea de “derecho y desarrollo” fue parte de una transformación ocurrida al interior de la Fundación Ford (1980). El mismo Gardner fue parte de una tendencia que, por una parte, buscaba alejarse del enfoque de la postura conservadora en el derecho empresarial y, por la otra, pretendía convertir la mejora en la educación del derecho en una serie de estrategias de un corte más activista tanto adentro como en el exterior, incluyendo el campo de los derechos humanos y el derecho de los intereses colectivos.

²³ De acuerdo con un testigo de la Fundación Ford de ese entonces, Bundy y David Bell (un economista que había sido el administrador de Usaid bajo la administración de Kennedy) “estaban cambiando su enfoque, dejando atrás un patrón que buscaba concentrarse en la conformación de instituciones –particularmente universidades y otro tipo de instituciones clave, así como instituciones educativas de investigación en los países en desarrollo– hacia un modelo más enfocado en los problemas así como en la generación de una dirigencia en materia de desarrollo. No es que estas dos actividades sean separadas, pero, usted sabe, conscientemente se estaba edificando capital humano para trabajar en lo que hubiera que trabajar en las ciencias sociales o en otro tipo de campos”.

litar en Chile fue entonces natural que la Fundación Ford se apoyara en “relaciones de confianza” creadas con anterioridad.²⁴ Este tipo de relaciones de confianza encauzaron en parte la financiación de varios grupos de derechos humanos luego del golpe militar, aun cuando “para ese entonces, uno de nuestros colegas apoyado por la Fundación Ford todavía creía ... que lo que ellos sabían acerca de Amnistía Internacional daba para pensar que era una organización comunista”.²⁵

Hasta ese punto los miembros del establecimiento habían logrado afrontar los conflictos internos de una forma discreta y pragmática. La profesionalización de las prácticas dentro y alrededor de diversas instituciones que buscaban autonomía, progresó de este modo al mismo ritmo del deterioro de la red de connivencia social en la que la fachada del consenso político –y realmente el poder del establecimiento del Este Norteamericano– reposaba. Las implicaciones internacionales de este proceso fueron amplificadas, ya que el proceso mismo tuvo lugar en otras latitudes y signó el comienzo de la recomposición del orden político y social del período de la posguerra.²⁶

AMNISTÍA INTERNACIONAL: DEL MORALISMO ELITISTA A UNA ORGANIZACIÓN MASIVA DE PERSONAL PROFESIONAL

Dado que la Guerra Fría había sido uno de los factores principales que precipitó el desarrollo de dos organizaciones rivales, la AIJD y la CIJ, no resulta sorprendente que la siguiente generación buscara tomar distancia de esos tipos de partidismo y elitismo. En Inglaterra a la altura de 1961, por lo tanto, los fundadores de Amnistía Internacional buscaron crear una organización masiva, financiada exclusivamente por activistas y caracterizada por una “casi obsesiva identificación con la neutralidad”.²⁷ En lugar

²⁴ “Así, casi de la noche a la mañana, nos vimos inicialmente manteniendo una preocupación acerca de nuestra libertad académica. Usted sabe, acerca de si existía un ambiente en el que el trabajo que habíamos respaldado pudiera continuar dándose. Y luego rápidamente empezamos a preocuparnos por la salud y la seguridad de aquellos que habíamos apoyado con anterioridad”.

²⁵ Uno de los debates antes del golpe militar fue si la Fundación Ford debía “estar posicionada para ayudar a las nuevas autoridades en su lucha en contra de la inflación. O si la Fundación Ford debía convertirse en una suerte de organización de derechos humanos ... y al final, McGeorge Bundy ... se centró completamente en la segunda alternativa”. De manera interesante, la nueva generación de economistas que se encontraban afuera del establecimiento del Este aún no contaban con el poder o el grado de aceptación suficiente como para ganarse el respaldo de la Fundación Ford.

²⁶ La transformación también fue económica. Así, los casi 30 años de prosperidad bajo el modelo de regulación “fordista” empezaron al final a mostrar ciertos signos de debilidad.

²⁷ Según uno de los ex funcionarios, “Amnistía no recibía dinero de las fundaciones ni de los gobiernos. Así, todos sus fondos provenían de personas comunes y corrientes ... Amnistía no contaba con ese número de grandes donatarios”. El enfoque de Amnistía en los diversos asun-

de actuar de forma más discreta a través de relaciones personales, ellos pretendieron de forma sistemática que la atención de los medios de comunicación se centrara en sus causas y en sus actividades (ver Korey 1998, 159-180).

Más específicamente, a partir del lanzamiento de la primera gran campaña internacional en *The Observer* y *Le Monde*, Peter Benenson, un abogado británico, propuso la noción de “las tres redes”. Este concepto, diseñado para asegurar la imparcialidad de Amnistía, requirió que los grupos de Amnistía salvaguardaran de manera simultánea a tres tipos diferentes de prisioneros políticos –uno de los países comunistas, otro del primer mundo y otro del tercer mundo–. Esta diferencia marcada con otro tipo de organizaciones también condujo a que Amnistía limitara sus disposiciones y objetivos de un modo bastante estricto.²⁸ Así, le dio prioridad a los prisioneros objetores de conciencia que habían sido castigados por la expresión de sus opiniones, y excluyó a todos aquellos que habían cometido o promovido actos de violencia. Los fundadores de Amnistía también se orientaron hacia la movilización de la opinión pública en favor de sus causas, e inicialmente lograron contar con el apoyo de algunos periodistas simpatizantes, tales como David Astor, editor del *Observer* y viejo amigo de Benenson. Aprovechando esta alianza inicial, Amnistía trabajó diligentemente para despertar credibilidad en los medios de forma más general.²⁹

tos fue descrito por un ex funcionario de la siguiente manera: “había académicos y abogados, pero también había ... personas de toda clase de trayectorias, usted sabe, usualmente provenían del lado progresista del espectro político pero también había algunos republicanos; había conservadores; ellos eran bastante ... usted sabe, del corte de gente que iría a las comunidades ... que declararía cosas ... asimismo teníamos un organizador que viajaba por todo el país, usted sabe, y él declararía, usted sabe ‘Amnistía conformó un grupo y todos son bienvenidos’, y quienes aparecerían: profesores, amas de casa, periodistas locales, quiero decir, gente que les importaba estas cosas; quienes estaban buscando maneras para responder a las atrocidades que se mostraban en los periódicos; así, consideraron a Amnistía como un camino seguro ... de hecho un camino no político cuya fuerza residía ... usted sabe, en que tratábamos tanto como nos fue posible realizar una especie de combinación entre la izquierda y la derecha; también esto se hacía en el trabajo, usted sabe ... cada grupo conformado tenía casos tanto en el tipo de países de izquierda así como en aquellos de ala derecha, para que así se respetara algún balance. Pero también ... durante algún tiempo tuvimos a Joan Baez y William Buckley en nuestro equipo, y difundiríamos eso ante los medios de comunicación. ‘¿No es sorprendente que alguna instancia haga que Joan Baez y William Buckley lleguen a algún tipo acuerdo?’ ”.

²⁸ Esta política estricta fue debatida con un cierto nivel de detalle una vez que Amnistía creció y prosperó. Según uno de los participantes, “había todo tipo de contiendas respecto a su misión, porque la gente comenzó a decir que lo que Amnistía hacía era derechos humanos y que si eso no era lo que estaba haciendo ... no eran derechos humanos y entonces tanto el Gobierno como la gente empezarían a utilizar a Amnistía para darle legitimidad a cualquier asunto en el que estuvieran trabajando y tratarían de que se centrara en dicho asunto ... luego, yo diría ... que un cambio es que Amnistía empezó a dedicar progresivamente bastante tiempo al asunto de definir qué era y qué no era ... lo que era un mandato es que ... tenía que lidiar con asuntos difíciles, con la violencia, por ejemplo. Mucha gente estaba de acuerdo en que Nelson Mandela hubiera sido arrestado; él fue arrestado, usted sabe, debido a la violencia. ¿Podía Amnistía tomarlo como un prisionero de conciencia? (ver además Desmond 1983).

²⁹ Amnistía tuvo que trabajar duro para ganarse la credibilidad de los periodistas. En las palabras

Estas novedades fueron significativas, pero la ruptura entre la primera y la segunda generación de derechos humanos no fue absoluta. Una diferencia clara es que los notables de la CIJ le daban mayor importancia a las batallas que se gestaban en el ámbito de los parámetros legales, mientras que el grado de publicidad y las causas masivas adelantadas por Amnistía tenían objetivos mucho más concretos. Pero los notables jugaron un papel importante en la movilización por parte de Amnistía de los “tribunales de la opinión pública”. En particular ellos lideraron la atención y la credibilidad prestadas a los medios de comunicación cuando Amnistía emprendía misiones a sitios riesgosos. A pesar de su preocupación abierta por la democracia interna, esta organización masiva reposaba sobre una estructura dual.³⁰ Al lado de las masas de militantes se encontraban los nombres prestigiados, cuya autoridad podía ser empleada durante las misiones para incrementar la potencial audiencia en los medios. Ciertas continuidades también son bastante evidentes en las relaciones personales que se dieron entre Amnistía y la CIJ. La mayoría de los fundadores de Amnistía fueron líderes de Justicia, la versión británica de la CIJ, la cual públicamente respaldó a la nueva organización.³¹ De hecho, Sean McBride luego se convirtió en el presidente de Amnistía. Aun cuando las novedades fueron importantes, basadas en una reacción de los fundadores hacia un partidismo en nombre de los derechos humanos que no contaba con un límite definido, se trató más de una cuestión de matices que de diferencias fundamentales.

La participación de Amnistía en la resistencia en contra de Pinochet en Chile después de 1973 y en otras contiendas libradas en contra de Estados autoritarios, ayudaron a legitimar su gestión y a afianzar su prestigio. En los años 60, 900 prisioneros fueron el centro de las campañas de Amnistía, que contaba para ello con un personal de dos individuos asalariados, uno de

del informante citado en la pasada nota a pie de página: “Amnistía usualmente no era el protagonista del reportaje pero sí encajaría dentro del reportaje ... nosotros lanzamos una campaña en donde de hecho nos acercábamos a los consejos editoriales y ... lo que usted básicamente tenía que hacer era convencer a la gente de que a usted se le podía creer; que usted ... no estaba impulsando un programa político y de que eso era difícil de hacer; esa fue la parte más dura de hacer. Pero yo pienso que realmente a esos periodistas ... aquellos no enfrascados en una ideología, rápidamente les empezó a gustar la idea ... del modo en el que estábamos operando, ya que así ellos podían confiar en nosotros. Nosotros éramos bastante modestos, muy cautelosos; quiero decir, no iríamos detrás de historias sensacionalistas, pues dicho enfoque nos atraparía ... al principio eso hizo que fuera más difícil que nos conocieran en la prensa, pero lentamente construimos una buena reputación y una vez adquirida entonces la gente empezó a saber de nosotros ... los editores de las noticias dirían, “ah sí, es Amnistía entonces podemos utilizarlo. Les creemos”.

³⁰ Es elocuente que el primer grupo de Amnistía Internacional que visitó a la Argentina en 1976 luego de la “guerra sucia”, estuviera compuesto por el Padre Drinan, Lord Avebury y Patricia Feeney (Guest 1990, 80-86).

³¹ El fiscal general, Sir Elwyn Jones, y el señor canciller, Lord Gardiner, también eran miembros de Amnistía, entre otros padres fundadores que estaban siguiendo la trayectoria de profesionales notables.

tiempo completo y el otro de medio tiempo. El presupuesto era de sólo 10.000 libras. Para 1976 la organización ya contaba con alrededor de 40 personas. Posteriormente, Amnistía ganó mayor credibilidad cuando obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1977, el cual, de acuerdo a Korey, se debió en gran parte al reporte que hizo sobre Argentina, que fue publicado en marzo de ese año (1998, 179). En 1981, Amnistía apoyó la causa en favor de 4.000 prisioneros contando con 250.000 miembros, un presupuesto de 2 millones de libras y un personal de 150 personas que manejaban diversos asuntos y mantenían contactos “en los escenarios mundiales más influyentes” (Larson 1979).³² Los esfuerzos destinados a Latinoamérica empezaron a producir apreciables dividendos locales en el campo de los derechos humanos.³³ Algunas de las consecuencias de estos esfuerzos, particularmente cuando la administración de Reagan logró alejar del poder al establecimiento generador de la política exterior, serán vistas en el capítulo 8. Amnistía pavimentó el camino hacia un rol nuevo y más técnico de los abogados en materia de política exterior, el cual tuvo lugar a finales de los 80 y ha continuado hasta nuestros días.

³² Según una persona que participó en los cambios posteriores a 1976, “quiero decir, cuando yo comencé en el 76 probablemente había 40 personas en todo el secretariado. Muchos de los investigadores eran personas que, usted sabe, entrarían a la oficina para decir, ‘¿Hay algo que pueda hacer?’ “. Para el año de 1983 el número había ascendido a 200, “y progresivamente se estaba profesionalizando, estaba creciendo y estaba bajo la lupa del público como nunca antes”.

³³ Entonces el crecimiento de la institución se aceleró, en gran parte debido al flujo de personas estadounidenses. De 1974 a 1976 el número de miembros estadounidenses creció de 3.000 a 50.000 (Wiseberg y Scoble 1977, 290). El número de miembros de la organización se triplicó hasta llegar alrededor de los 400.000 entre 1985 y 1989. En 1991, luego de 30 años, Amnistía Internacional contaba con un millón de miembros (la mitad de ellos provenientes de los Estados Unidos), un presupuesto de 11 millones de libras (en contraste con los 23 millones de dólares de Amnistía Internacional-Estados Unidos) y un personal fijo de 260 individuos. Más aún, su personal fue reconocido como una de las fuentes esenciales de producción de conocimientos especializados en materia de derechos humanos internacionales, y por lo tanto uno de los lugares preciados para adquirir competencia en el tópico de los derechos humanos. Aproximadamente había cerca de 500 candidatos para cada posición que se abría al concurso público (Wade 1995; ver también Page 1992).